*La participación de las mujeres en la academia. Condiciones actuales y retos**

Sara G. Martínez

Es de sobra conocido el hecho de que las estadísticas generales de la participación de la mujer en nuestro sistema educativo se van equilibrando a paso rápido. Lo atestiguan las matrículas igualitarias en carreras de poco sesgo sexista y, por supuesto, en las carreras hasta ahora consideradas "femeninas", donde las inscripciones de las estudiantes son mayoritarias. Sin embargo, aún hay muchos espacios en los cuales las mujeres no participan o lo hacen escasamente, en concreto me refiero a las carreras estereotípicamente masculinas.

Todo esto ocurre a nivel licenciatura, y desde luego para que esto sea posible, los niveles precedentes del sistema presentan también matrículas femeninas elevadas.

En el caso de la educación más avanzada, que denominamos genéricamente posgrado o postgrado y que incluye especialidades, maestrías y doctorados, las posibilidades de inclusión de las mujeres son aún menores que para los varones. Así lo atestiguan los datos recientes de la matrícula en el caso particular de la Universidad de Colima, y que no es diferente a lo que ocurre en otras universidades. En los institutos tecnológicos la participación femenina es más reducida, lo que se explica porque también el acceso femenino a las licenciaturas en el área de ingeniería continúa siendo mínima.

De los 32 programas de posgrado que reportaron matrícula de estudiantes,[1] únicamente en 5 de ellos las mujeres representan mayoría; se trata de las maestrías en desarrollo docente, pedagogía, investigación educativa, psicología y la especialidad en enfermería quirúrgica. Dos programas no tienen mujeres estudiantes: la maestría en ingeniería de la construcción y el doctorado en ciencias pecuarias.

En el resto de los programas la participación femenina es variable, pero en todos los casos inferior al 50%, y en promedio corresponde apenas al 37.5%.

Estos datos son relevantes para explicar la situación de las mujeres en la academia, término con que se denomina a las sociedades científicas, literarias o artísticas establecidas y que gozan de cierta autoridad pública. De igual modo, se llama academia a la reunión del personal académico de una institución educativa. Cabe mencionar que en México el término se ha usado coloquialmente para referirnos a centros de enseñanzas específicas, generalmente técnicas y orientadas hasta ahora a la población femenina: academias comerciales que preparan personal secretarial, academias de corte y confección, academias de belleza.

Voy a dejar de lado este último tipo de instituciones, las cuales han realizado una labor notable en la formación de personal técnico, toda vez que estos establecimientos tienen gran tradición y hasta ahora han venido cumpliendo con una importante función social de calificación para un empleo especializado, pues durante muchos años fueron casi la única opción de las jóvenes para la educación postbásica.

Además, estoy convencida de que este ámbito educativo y laboral ofrece una gran riqueza para la investigación social y específicamente para los estudios de género: desde los de carácter histórico para recuperar y analizar los procesos de feminización profesional, hasta los relativos a la forma en que la moderna tecnología ha venido a afectar estos campos laborales. Hemos de tener presente que el mayor porcentaje de mujeres en el mercado de trabajo se ubica en los servicios, y en este ámbito el trabajo secretarial, por ejemplo, ocupa un lugar relevante por el número de puestos.

* Ponencia presentada por la autora en el ciclo de mesas redondas "Mujeres en la Cultura", organizado en el marco de la Segunda Feria Estatal de las Mujeres, Colima, 9 de marzo de 2001.

Me referiré a continuación a la academia, entendida como la reunión del personal académico de las instituciones de educación superior, y más específicamente a la participación de las mujeres en el mismo.

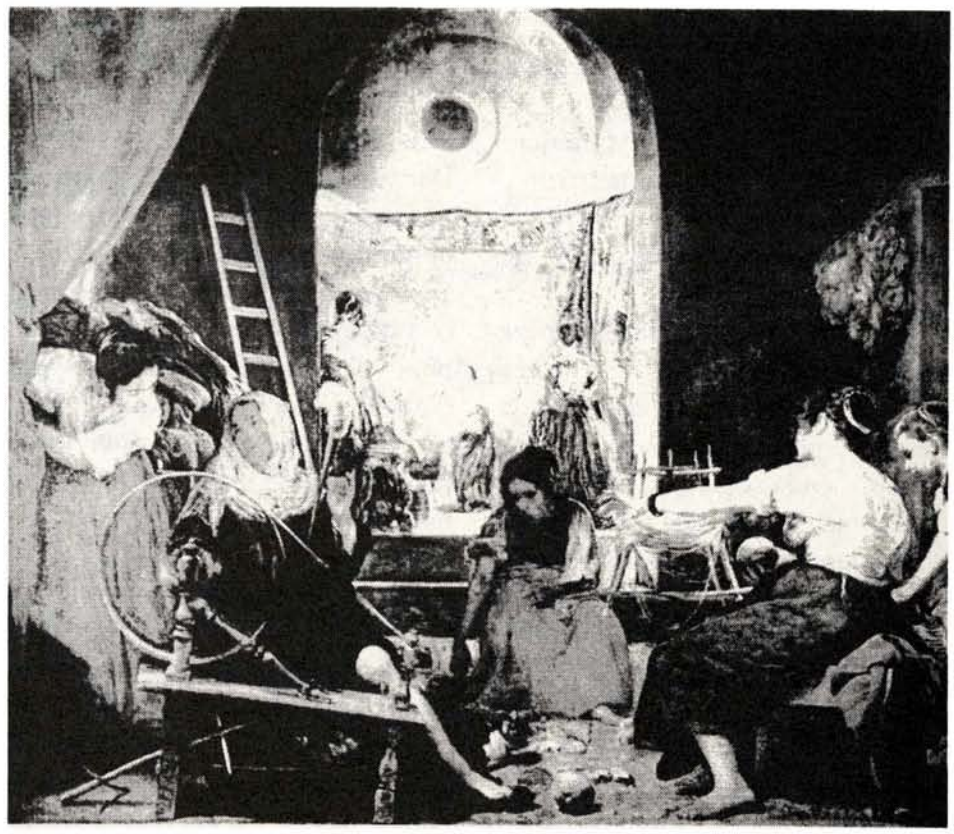
Antes mencioné que a la fecha en el posgrado no hemos alcanzado matrículas equilibradas por sexo. Esto en parte es la razón de que también en las instituciones de educación superior en general, como ámbito laboral, la presencia de las mujeres sea modesta, y más modesta aún conforme se asciende en la escala jerárquica institucional.

En posgrado son precisamente los programas de educación los que registran una matrícula femenina mayoritaria. Si consideramos al personal docente de dichos programas: las profesoras son el 47.4%, el porcentaje más alto por áreas del conocimiento.

En cambio, en los posgrados de ciencias naturales y exactas el porcentaje de profesoras es 0, seguido de las ingenierías con un 8.5%, ubicado en los programas de telemática y cómputo, que pueden considerarse "las más femeninas" entre las ingenierías. En ciencias sociales, donde se afirma que hay muchas mujeres, sólo una de cada cuatro docentes es mujer. En resumen, únicamente el 18.9% del total del profesorado de posgrado son mujeres,[2] es decir, casi una de cada cinco. Lo anterior constata el hecho de que si bien es cierto el avance, también es cierto que en algunos campos no se ha logrado superar el rezago.

En el ámbito académico hay tres funciones principales en las que el personal debe participar: la docencia, la investigación y la gestión.

De la primera, brevemente he dado algunas cifras. En cuanto a la segunda, la investigación, un indicador valedero puede ser la participación femenina en el Sistema Nacional de Investigadores, que es un mecanismo gubernamental para reconocer e impulsar el desarrollo de esta actividad en lo individual. Dicho reconocimiento se otorga con base en el desempeño académico (predominantemente investigativo). En este ámbito, datos actuales de la Universidad de Colima indican que la participación femenina apenas alcanza el 20%, con una mayor presencia en los niveles inferiores del sistema: en la candidatura hay 4 mujeres que representan el 50%, en el nivel I, hay 5 mujeres, que equivalen al 16.6%, pero en el nivel II, de 6 integrantes hay 0 mujeres.



Si hay mujeres, todavía son pocas, y además están en los niveles jerárquicos inferiores. Lo mismo ocurre en la gestión, que en el ámbito académico podríamos referir a los puestos directivos. Retomando datos de un estudio reciente,[3] las mujeres en rectorías son el 2% a nivel nacional y en cargos académicos de primer nivel apenas llegan al 10% en las universidades públicas, al 4% en las privadas y al 6% en los institutos tecnológicos públicos.

Al margen de los números, que ya hemos visto, nos son desfavorables en la academia, brevemente he de referirme a la forma en que las mujeres participamos en la misma. Creo que es distinta a la de los varones.

Ángeles Durán afirma que: "Un grupo social no puede incorporarse a la producción de conocimientos sin aportar a través de sus obras su propia experiencia histórica, parece fuera de discusión en la sociología del conocimiento. Si también se acepta sin mayores problemas que las mujeres —como grupo social— son recientes inquilinas de las universidades, institutos de investigación y academias, y que las mujeres han tenido una experiencia histórica diferenciada de los hombres, ¿en qué consisti-

rá su aportación al proceso colectivo de creación de ideas, de saberes, de valores?"[4]

La participación de las mujeres en la academia asume tintes particulares, compatibles con la experiencia de vida, no sólo personal sino de género.

En los últimos años ha empezado a ser evidente una manera de pensar y de vivir que recupera los valores femeninos, hasta ahora poco estimados en la sociedad, y se está logrando tanto con la participación de las mujeres como de los hombres. Es desde mi punto de vista una manifestación del cambio de perspectivas a nivel más amplio. Desde luego que los cambios a nivel cotidiano son muy importantes, pero también lo es el cambio de paradigmas en ciencia, ya que ambos resultan complementarios para conformar un sistema social con cada vez menos contradicciones. Para ilustrar lo que acabo de mencionar voy a poner un ejemplo.

Como es evidente, por los enfoques de investigación más recientes, se viene privilegiando una ciencia ligada a la economía y la política a la vez que surgen voces disidentes, particularmente en la salud y el medio ambiente, y perspectivas filosóficas y éticas que nos mueven a repensar nuestro papel como seres humanos. Hay una teoría llamada Gaia, formulada por James Lovelock, que propone una visión completamente nueva de nuestras relaciones como seres humanos con el planeta que compartimos con otras especies en la biosfera: se trata de relaciones de cooperación para la supervivencia. Esta teoría, por su enfoque cooperativo, de apoyo a las otras especies y a nuestro entorno, que nos convierte en responsables de los más débiles (las otras especies), la podemos calificar como femenina.

En el mismo campo tenemos otro planteamiento teórico, que ha sido dominante, la teoría de la evolución de las especies de Charles Darwin, y que por su enfoque de conquista y dominación se puede considerar más bien masculina. La teoría Gaia va ganando terreno como enfoque de estudio, pero también como punto de partida para plantear soluciones a los problemas que en torno al medio ambiente estamos viviendo, resultado de la explotación y dominación irracional ejercida.

Creo que la teoría Gaia, y sus equivalentes en otros campos científicos como los planteamientos cualitativos en lo que respecta a metodología de investigación, o el constructivismo con participación social *versus* conductismo en psicología educativa, por mencionar dos casos, son una manifestación social del surgimiento de los valores femeninos (no exclusivos de las mujeres) que se están aportando a la ciencia y a otros ámbitos sociales, poco a poco, pero de manera sostenida.

Ahora, en un nivel más inmediato, en general apreciamos estos cambios en las aulas universitarias: no es casual que con el ingreso de las mujeres como estudiantes y académicas a las universidades hayan empezado a revalorarse la comunicación y cooperación en planos cada vez más igualitarios y a considerar que no solamente lo objetivo es importante, sino que hay necesidad de rescatar y aprovechar el potencial de lo subjetivo (por ejemplo los sentimientos y emociones), que además, particularmente en el ámbito de la investigación social, las personas con quienes se estudia y acerca de las cuales se indaga, vayan pasando de objetos de conocimiento a un papel de sujetos, es decir, con voz, con la posibilidad de decir su palabra, de expresar su sentir.

Nunca tuvo razón de ser aquel refrán misógino de: "Mujeres juntas ni difuntas", pero menos que nunca ahora, cuando en todos los ámbitos las mujeres se hacen solidarias con otras mujeres —ya lo eran con los hijos, padres, esposos, etcétera—, cuando trabajan, con *sororidad*. Seguiremos celebrando días internacionales de la mujer y ferias estatales y hasta nacionales, mientras sea necesario, como estrategia para hacer escuchar nuestras voces y poner sobre la mesa la problemática de la participación de las mujeres en todos los ámbitos, porque en todas las áreas y desde la concepción hasta la muerte la discriminación aún existe. ♦

Notas

[1] Los datos corresponden al semestre agosto 2000-enero 2001. Fuente: Dirección General de Posgrado. Área de sistemas de información.

[2] Datos del semestre enero-julio de 2001. Fuente: Dirección General de Posgrado. Área de sistemas de información.

[3] Velasco Aguirre Raúl. "La mujer en puestos de gestión universitaria." *GénEros* 22, Colima, 2000, p. 37.

[4] Ma. Ángeles Durán, citada por Ramos, Ma. Dolores. *Mujeres e historia. Reflexiones sobre las experiencias vividas en los espacios públicos y privados*. Universidad de Málaga, Málaga, 1993, p. 49.

